

The cover art for 'World of Warcraft: Midnight' depicts a dramatic scene in a dark, atmospheric setting. On the left, a large, ornate red and gold mechanical construct, resembling a dragon or a massive golem, is partially visible. A character with a red mask and glowing green eyes is perched on its side. In the center, a large, ethereal blue face of a titan looms in the background. On the right, a blue-skinned, pointed-ear character in ornate blue and gold armor looks towards the left. The overall color palette is dominated by deep blues, purples, and reds, with a misty, ethereal atmosphere. The title 'WORLD OF WARCRAFT' is prominently displayed at the top in a stylized, glowing font, with 'MIDNIGHT' below it in a similar but smaller font.

WORLD  
WARCRAFT  
MIDNIGHT

EL CAMINO  
AL VACÍO

ALEX ACKS

HISTORIA

ALEX ACKS

ILUSTRACIONES

SURFSIDE 3D

EDICIÓN

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORAMIENTO DE HISTORIA

SEAN COPELAND

ASESORAMIENTO CREATIVO

RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN,

STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,

TAKAYUKI SHIMBO

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

VALERIE STONE

TRADUCCIÓN

PAULA GÜRTLER

CORRECCIÓN

MERCEDES DEL SOL ACOSTA

**BILZARD**  
ENTERTAINMENT

Blizzard.com

©2025 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o del artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.



—**E**sos golpes son en mi cabeza...? ¿O en la puerta? —murmuró Umbric contra una almohada empapada de vino.

—La puerta —gruñó Rommath, aunque el sonido ahogado indicaba que él mismo estaba tapándose la cara con una almohada.

—Alguien debería atender —dijo Umbric.

—Sí, alguien tiene que ir —confirmó Rommath—. Te alentaré desde aquí.

—No lo hagas. El ruido podría matarme. —Umbric gruñó a modo de respuesta a la risita de Rommath y se levantó a los tumbos del sillón. En sus siete años como estudiante en Dalaran, apenas un pestañeo para un elfo noble, sin lugar a dudas jamás había tenido semejante resaca. Los amigos que había hecho entre sus compañeros estudiantes de lo arcano, sobre todo Rommath, en general eran una bendición para su alma y un bálsamo para su espíritu... Pero en este caso eran los autores del atroz dolor de cabeza que tenía, la culminación de una fiesta de fin de curso que se había extendido a lo largo de cuatro bares y luego había devenido en una partida de Copa del Archimago, con un mazo de cartas en el que aparentemente todos eran archimagos. Umbric entrecerró los ojos ante la luz y se tambaleó por la

diminuta habitación que el Kirin Tor consideraba un alojamiento adecuado para estudiantes.

Umbric no sabía qué había esperado encontrar antes de arrastrarse para abrir la puerta. Una inundación, un incendio o, por lo menos, una plaga de pasteles de queso encantados y carnívoros. (*No, eso fue la semana pasada...*). En lugar de eso, se encontró frente a frente con un libro deteriorado que le empujaron hacia la cara con la misma intensidad con que se exhibe un trofeo de pesca, y que lo hizo retroceder un paso.

—Romm... ah, eres tú, Umbric. Tardaste bastante.

Umbric miró la cara pálida y angosta que se asomaba detrás del tomo. Su habitual expresión huraña había sido reemplazada por una sonrisa que oscilaba entre socarrona y maniaca.

—Dar’Khan... ¿Qué...?

Dar’Khan Drathir se abrió paso a codazos y cerró la puerta con un golpe de la mano.

—No puedes dejar esperando en la puerta a una inteligencia capaz de destruir el mundo.

—¿Qué? —repitió Umbric.

Dar’Khan lo miró con el ceño fruncido, y se inclinó hacia adelante para olerlo tentativamente antes de lanzarle una mirada elocuente de asco.

—Hasta donde sé, el vino se *bebe*, Umbric. —Miró el bollo de sábanas empapadas en que se había envuelto Rommath y suspiró—. Los dos son inservibles en este estado. —Señaló a Umbric, y luego a la pequeña mesa que, a todas luces, Rommath usaba para cenar—. Siéntate. —Con asombrosa eficiencia, Dar’Khan sacó a Rommath de la cama y preparó una jarra de té de hierbas fuerte mientras insistía que eso curaría todo tipo de dolencia.

Era posible que sus proclamas sobre el té no fueran pura cháchara. Menos de media hora después, Umbric sintió que estaba peligrosamente cerca de estar vivo, y Rommath hojeaba el tomo de Dar’Khan.

—Bueno, Dar’Khan, lo has logrado —dijo Rommath con frialdad—. Has encontrado un libro escrito por alguien con peor caligrafía que la tuya.

Dar'Khan revoleó los ojos.

—Está en *código*, imbécil.

Umbric apartó las manos de Rommath del libro y lo acercó para poder mirar de cerca la escritura enmarañada.

—¿Y tú lo *descifraste*?

—En gran parte.

—*En gran parte* —repitió Rommath.

Había algo en los caracteres misteriosos que atraía a la mente de Umbric. Quizás eran los últimos efectos de la resaca, pero sentía que los garabatos se movían cuando no estaba mirándolos y que se reacomodaban hasta que él podía entender palabras, y luego oraciones.

—Fascinante. —*Este libro quiere ser comprendido*—. Entiendo lo que dices, Dar'Khan.

Rommath le arrebató el libro y miró la página que estaba abierta.

—Los dos se están burlando de mí.

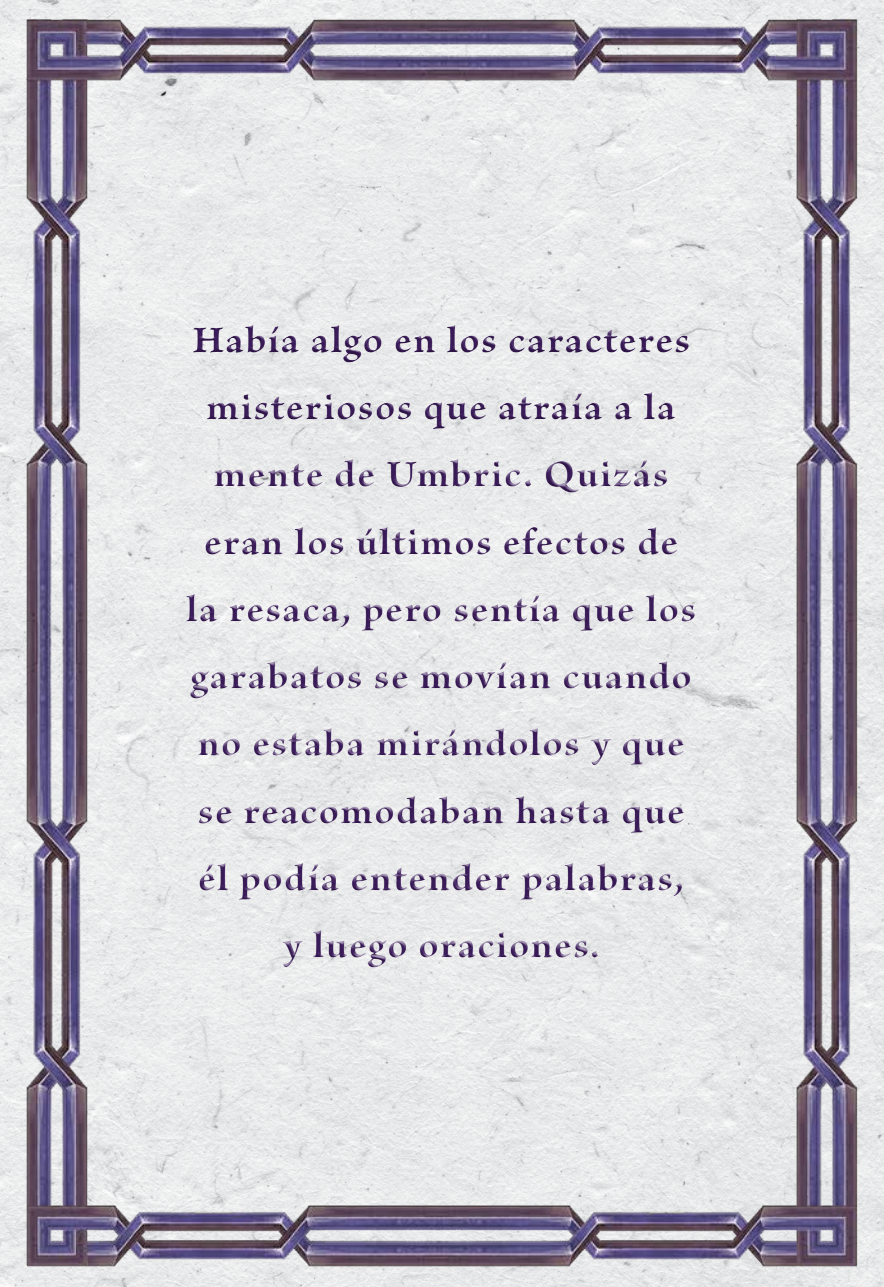
—¿Sí? — le dijo con picardía Dar'Khan—. ¿Encontré un tomo que se resiste a tus encantos?

Sin embargo, Umbric se dio cuenta de que su mejor amigo estaba a punto de pasar de la brusquedad habitual a una verdadera ira. Y él hoy no estaba con ánimos de calmar a dos egos heridos.

—Sería útil que nos dijeras lo que de veras quieres hacer con esto, Dar'Khan.

—Apenas lo sé yo mismo —dijo Dar'Khan, con satisfacción más que preocupación—. Pero bueno, ese es el punto de hacer un experimento.

*Típico*, pensó Umbric. Este hábito de Dar'Khan había moldeado su amistad, desde aquella primera vez en que se había aparecido en la puerta de la casa de Umbric con un misterioso cristal polvoriento que había descubierto en una esquina olvidada de una tienda de artículos varios. La explosión que sobrevino, después de no pocos experimentos, había roto todas las ventanas de Umbric y había convertido a todos los palos de madera de su apartamento en dulces de mantequilla semiconscientes. Las arias de enanos que cantaban habían hecho que Rommath, de habitual carácter reservado, tuviera un ataque de risa que le hizo abandonar la dignidad y tropezarse,



Había algo en los caracteres misteriosos que atraía a la mente de Umbric. Quizás eran los últimos efectos de la resaca, pero sentía que los garabatos se movían cuando no estaba mirándolos y que se reacomodaban hasta que él podía entender palabras, y luego oraciones.

incapaz de respirar entre las risas que despertaba cada nuevo gorjeo de notas. Todas las apariciones de un Dar'Khan frenético podían resumirse en la frase “*parecía una buena idea en ese momento*”, y Umbric no habría cambiado un segundo ni por toda la riqueza arcana de Dalaran.

—¿Otro experimento?—Rommath se rio con un bufido tal que el té se desbordó de la taza—. No puedes hablar *en serio*—. Esta era una frase que Umbric conocía bien; Rommath era un estudiante modelo que cumplía las reglas, con poco gusto por la improvisación. Pero Umbric también vio un destello de interés en los ojos de Rommath. A pesar de lo mojigato que podía ser Rommath a veces, no habría tenido tanto éxito en Dalaran sin un intelecto agudo y una curiosidad que acompañe.

Por lo tanto, había llegado la hora de que Umbric cumpliera su papel habitual como puente entre dos magos brillantes cuyas personalidades eran prácticamente opuestas, algo que jugaba a su favor, pues ahora se había despertado su propia curiosidad. *Yo sí sabría lo que el libro me quiere decir. Y Dar'Khan nunca encontró un botín que los tres juntos no pudiéramos manejar.*

—Ah, vamos, Rommath. Dar'Khan no logró matarnos aún.

—Y eso que lo ha intentado.

Umbric detectó la victoria en el cambio de su tono, de irritado a abrumado. Le habló a Dar'Khan, pero no era exactamente una sonrisa lo que había en su rostro—. Bueno, ¿cómo comenzamos?

Juntos, movieron los muebles de Rommath contra la pared y enrollaron la alfombra, que dejó ver un piso de madera marcado al que le podría haber venido bien un pulido, y luego usaron una tiza para dibujar un círculo de conjuro. Después, Dar'Khan recorrió el círculo, y agregó un símbolo aquí y allá para enfocar y dirigir corrientes arcanas.

—Rommath, tú protege el norte —dijo Dar'Khan, y señaló la parte correspondiente del círculo—. Umbric, tú ve... —consultó al libro— al sur. —Umbric ocupó su lugar, con cuidado de no borrar la tiza. Esta situación se sentía bastante común; Umbric y Rommath apoyando a Dar'Khan mientras él hacía todo el trabajo emocionante de urdir el hechizo. Era el tipo de cosas que habían ensayado como aprendices, y el papel que cumplía Umbric últimamente, mientras



Rommath, Dar’Khan y varios de los demás estudiantes se dedicaban a identificar sus especialidades y destacarse. Umbric no podía resentir la concentración de ellos mientras él incursionaba por los márgenes, buscando en vano algo que capturase su interés por completo. Incluso los profesores habían comenzado a advertir que corría peligro de convertirse en un diletante, pero ninguno podía objetar del todo cuando él elegía pasar parte de su cursada leyendo sobre su área de especialización. Ya fueran evocaciones o ilusiones, conjuros o adivinaciones, *todo* le parecía cautivante y se sumergía en ese tema hasta que otro tema capturaba su atención.

Dar’Khan sostenía el libro en una mano y hacía gestos con la otra para reunir los hilos de energía arcana y darles la forma que él quería. Las palabras que recitaba, mirando las páginas, eran completamente desconocidas... pero Umbric las comprendía de todas formas.

La sensación de rutina se quebró cuando el hechizo de Dar’Khan formó un anillo que se retorció hasta convertirse en una forma de infinito y colapsó hacia adentro, para luego convertirse en un punto más profundo que la oscuridad. La forma cautivó a Umbric; el flujo de energías no se parecía a nada que jamás hubiese visto.

—¿Eso es...? —Las palabras de Rommath emergieron lentamente, y el horror se volvía tangible en cada sílaba—. No eres *capaz*...

Dar’Khan sonrió con sorna.

—¡Yo sabía! Les presento: el Vacío.

—El *Vacío*, dijo Rommath entre dientes—. Está prohibido...

—No seas un aguafiestas, Rommath, Es completamente... —Dar’Khan fue interrumpido por una mano de energía negra y densa que asomaba por el portal diminuto. Dar’Khan gritó algo que Umbric no entendió del todo cuando apareció otra mano junto a la primera para agrandar el portal, que dejó ver unos ojos relucientes.

—¡Ciérralo! —le gritó Rommath a Dar’Khan.

El triunfo había desaparecido de la cara de Dar’Khan, que ahora tenía la mandíbula apretada y una palidez aún más notoria que lo habitual.

—Cierto. —Su acuerdo tan veloz con Rommath era prueba de un temor que se convirtió rápidamente en terror mientras intentaba con un gesto, luego otro, y luego otro antes de gritar—: ¡No me está obedeciendo!

Una parte más de la criatura emergió apretada, y trajo una oleada de profunda vacuidad. Rommath armó un remolino de fuego brillante sobre sus manos y se lo lanzó al monstruo, al que solo le llamó la atención.

Umbric nunca había tenido una habilidad con la magia ofensiva equiparable a la de Rommath, ni a la de Dar'Khan.

—¡Yo me ocuparé! —le dijo Umbric a Dar'Khan.

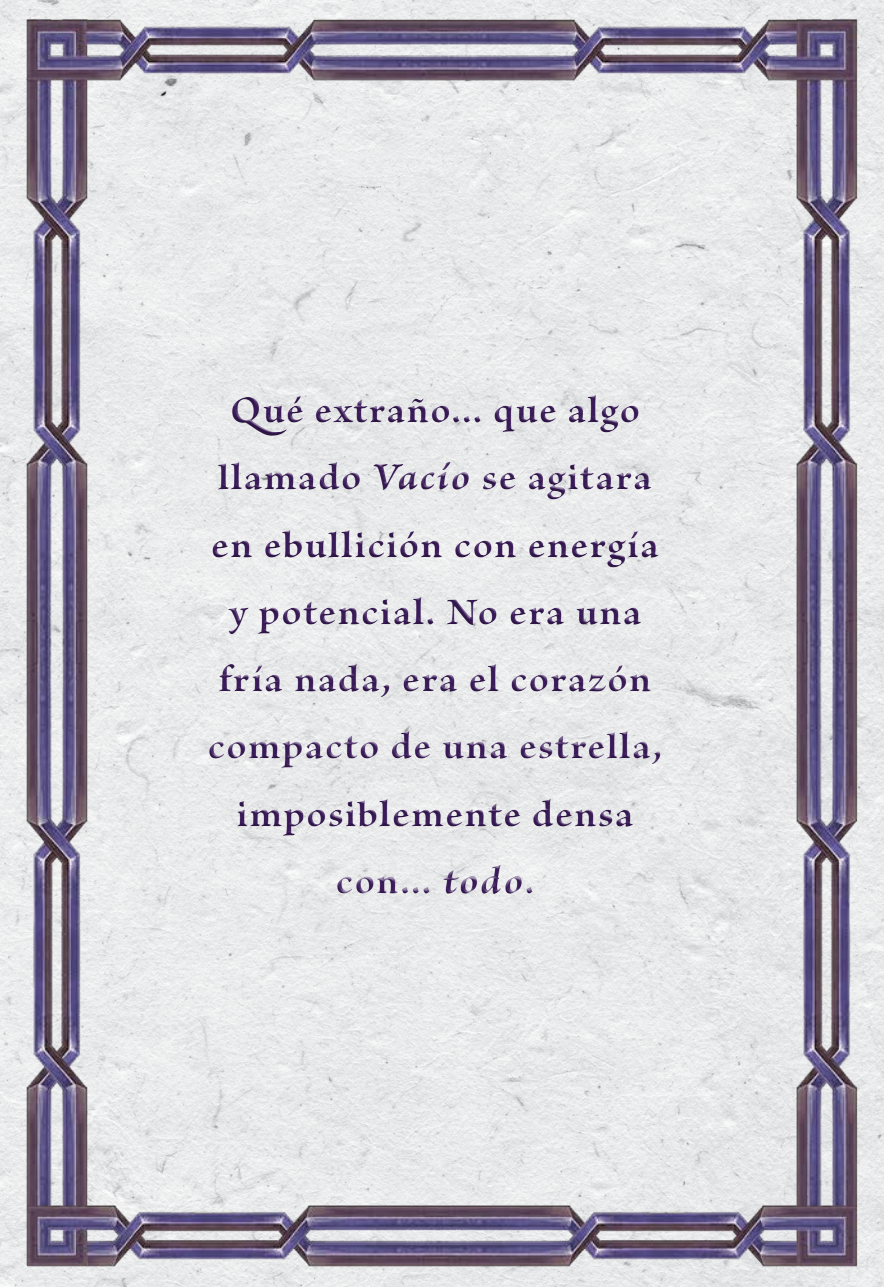
—Pero... —Dar'Khan se agachó para esquivar un rayo de sombra.

—¡Ahora! ¡Ayuda a Rommath!

La sombra chisporroteaba por el aire mientras el ser emergía por completo en su plano, en una oleada de frío absoluto. Dar'Khan se tambaleó mientras decía el comienzo de un hechizo de hielo conocido antes de terminar de recuperar el equilibrio.

Umbric prestó atención a la magia que había creado el portal, que ahora era un remolino que se movía por sí solo y extraía energía ambiente hacia sí de los planos a los que conectaba. Nunca había visto una construcción así y no tenía tiempo de estudiar sus complejidades. Bailaban chispas de fuego encendido y esquirlas de hielo en los límites de su percepción mientras sus amigos batallaban contra la criatura, pero su mente estaba ocupada con la forma del portal y cómo sería mejor desmontarlo. Ahora enfrentaba dos problemas, y tenía poco tiempo para resolverlos: la criatura del Vacío que se había escapado y qué hacer con toda la energía que se había comenzado a formar en una nube aulladora gracias al portal. *Si pudiera unir ambas cosas, lograr su expulsión con ese exceso de energía...* Guiándose por su instinto, Umbric comenzó a urdir un segundo hechizo combinado con el que mantenía el portal abierto. El nudo apretado que cerraba la distancia ontológica entre esta ubicación imbuida con el Vacío y Azeroth le pareció algo delicado, fácil de desarmar. Buscó llegar a él con su voluntad y...

Qué extraño... que algo llamado *Vacío* se agitara en ebullición con energía y potencial. No era una fría nada, era el corazón compacto de una estrella, imposiblemente densa con... *todo*.



Qué extraño... que algo  
llamado *Vacío* se agitara  
en ebullición con energía  
y potencial. No era una  
fría nada, era el corazón  
compacto de una estrella,  
imposiblemente densa  
con... *todo*.

*Tanto conocimiento a la espera de ser descubierto. ¿Por qué elegir un camino? El Vacío me dará lo que Dalaran no puede, lo que más anhelo: la posibilidad de tomar todos los caminos y nunca tener que preocuparme por lo que pudo haber sido. Era tan tentador explorar todas las posibilidades abiertas que sintió en esa oscuridad turbulenta más allá. Rommath y Dar'Khan jamás tolerarían ser así de eclipsados. Ellos querrían limitarme para que no crezca, pero si yo los mato primero...*

Un escalofrío recorrió la columna de Umbric ante el cosquilleo de ese pensamiento, que parecía continuarse tan fluidamente a partir del anterior. La idea de matar a alguien, y mucho menos a amigos tan queridos, era aberrante. Y aun así, casi podía saborear el canal de poder oscuro que le sugería, las probabilidades que bailaban en la punta de sus dedos aún pegajosos por la sangre.

No.

Cortó el puente que unía el Vacío con el apartamento. El hechizo que había improvisado parecía funcionar a la perfección: el destello de energía que produjo el colapso del portal se convirtió en una red que atrapó al monstruo. La criatura, desprevenida ante un ataque así mientras luchaba contra Dar'Khan y Rommath, profirió un chillido reverberante mientras era arrastrada de nuevo hacia el portal, que ahora tenía el tamaño de un punto, estirado y retorcido como un caramelo masticable. Un segundo después, el portal colapsó y Umbric se dio cuenta de que no había calculado la poca energía necesaria en verdad para atrapar al monstruo cuando el contragolpe lo lanzó de cara contra el piso. Sintió el gusto de la sangre y del relámpago, y los oídos le retumbaron varias veces hasta poder volver a oír de nuevo.

—¡Umbric! —Más que oírlo, sintió el *golpe* de la rodilla de Rommath cuando se postró junto a él.

—Nada roto —murmuró Umbric contra el piso—. Creo... que no. —Con una delicadeza y lentitud contrapuestas a su notoria brusquedad, Rommath lo levantó del piso para ponerlo de pie, y en ese momento Umbric notó la sangre que le corría por la nariz dolorida—. Bueno, casi nada roto.

Rommath increpó furiosamente a Dar'Khan:

—Podrías habernos matado a todos, *imbécil*.

Dar'Khan sonrió sin pudor.

—¿Saben lo que significa este descubrimiento? Un portal del Vacío...

—¡Significa tu exilio! —masculló Rommath—. De todas las idioteces...

—*Tú* eres el idiota si no puedes ver...

Umbric se dio cuenta de que esto solo iba a empeorar. Dar'Khan estaba exaltado tanto por el descubrimiento como por el escape milagroso de la muerte, y Rommath... Era muy fácil ver el absoluto terror debajo de sus palabras intimidantes. Quizá podrían tener una discusión razonable sobre lo que acababa de ocurrir... algún día. Ahora estaban acercándose peligrosamente a una pelea.

—Rommath, me das tu pañuelo, por favor —interrumpió Umbric.

—¿Qué...? Ah. —Rommath lo miró con una expresión severa y fría mientras extraía el pañuelo blanco de lino de la manga de su toga.

Umbric se aprovechó de la pausa que le dio su nariz sangrante.

—Dar'Khan, ve a ver a la alquimista y tráeme una poción de salud, por favor. Eres quien mejor le cae de los tres.

Dar'Khan se tragó lo que sea que hubiese estado a punto de decir.

—Bueno. —Se fue gruñendo, el tomo deteriorado que había generado todo el incidente desafortunado bajo un brazo.

Con el pañuelo apretado contra la nariz golpeada, Umbric miró los restos de los muebles de Rommath y animó los pedazos para que comenzaran a volver a unirse.

—Siéntate. Son mis muebles —dijo Rommath.

—Me voy a sentar, sí, cuando haya una silla entera. Además, yo participé en este desastre.

Rommath resopló, y a continuación sacó una escoba del armario y la encantó para que comenzara a barrer la tiza del piso.

—Si hubiera sabido que *esa* era la hermosa sorpresa de Dar'Khan...

—Te habrías perdido toda la diversión —dijo Umbric.

—*¿Diversión?*

Una de las sillas se veía lo suficientemente estable para resistir peso; Umbric la arrastró hasta la amplia ventana de la pequeña habitación, que se abrió con gentileza tras un gesto. Se sentó con cuidado y se asomó por sobre el trajín cotidiano de Dalaran

y el runrún de voces lejanas, aunque demasiado fuertes para ser amortiguadas del todo con magia. ¿De verdad había pasado tan poco tiempo desde que Dar’Khan los había arrancado del sueño? Umbric miró a un grupo grande de aprendices que charlaban durante una lección en un terreno grande, a tres adolescentes desgarbados que estaban probando hechizos de congelamiento, a una gran procesión de un dignatario de visita o alguien similar recorriendo las calles. Lo que en otro momento había parecido un ajeteo ruidoso e insoportable ahora se veía sencillo, ordenado y comprensible.

Rommath acercó una silla aún enclenque a su lado, aunque él era demasiado solemne como para asomarse por la ventana. Le dirigió una mirada expectante a Umbric, con una ceja levantada.

Umbric le devolvió la mirada.

—Incluso tú tienes que admitir que fue... un aprendizaje. —Las palabras se sintieron imperdonablemente tibias mientras las pronunciaba, pero aún estaba muy lejos de ordenar sus propios pensamientos.

Rommath resopló.

—Parece que soy el único que escucha cuando los sacerdotes hablan del Vacío. Un hambre sin fin que convierte a los tontos y débiles en locos y asesinos. Esta no es la confirmación que buscaba.

—¿Eso fue lo único que viste?

—¿Tendría que haber visto algo *más* además del monstruo que intentaba matarme?

Por un momento, Umbric consideró contarle lo que había sentido cuando tocó el Vacío, no una oscuridad insaciable sino *potencial*. Aunque también consideró el extraño pensamiento que se le había metido en la mente. ¿Rommath consideraría que era algo para debatir o un motivo para arrastrar a Umbric frente a los susodichos sacerdotes?

—No, claro que no. —Rommath entrecerró los ojos suspicazmente y Umbric se apresuró a añadir—: Solo esperaba que hubiera algo más.

Rommath apartó el tema si fuera una mosca molesta.

—Debería decirle al Consejo de los Seis lo que hizo Dar’Khan.

Umbric no quería perder ni a uno de sus amigos ni a los dos por esto.

—Yo hablaré con él.

—No es suficiente.

—Harás que lo exilien de Dalaran —señaló Umbric.

—Él habrá hecho que lo exilien.

—Si el Consejo se opone con tanta vehemencia a un portal del Vacío experimental, no creo que tomen muy bien nuestra participación.

—Serían más justos que eso —dijo Rommath, aunque sonaba a que tenía dudas.

—No lo pongamos a prueba.

Rommath pareció largar en un suspiro lo último de su ira, y solo quedaron restos de su miedo.

—¿Tú de veras crees que te escuchará a ti?

Decirle que *sí* sería una mentira que no creería ninguno de los dos.

—Haré mi mejor esfuerzo. O al menos lo convenceré para que no te meta en esto.

Rommath entrecerró los ojos.

—¿Solo a mí?

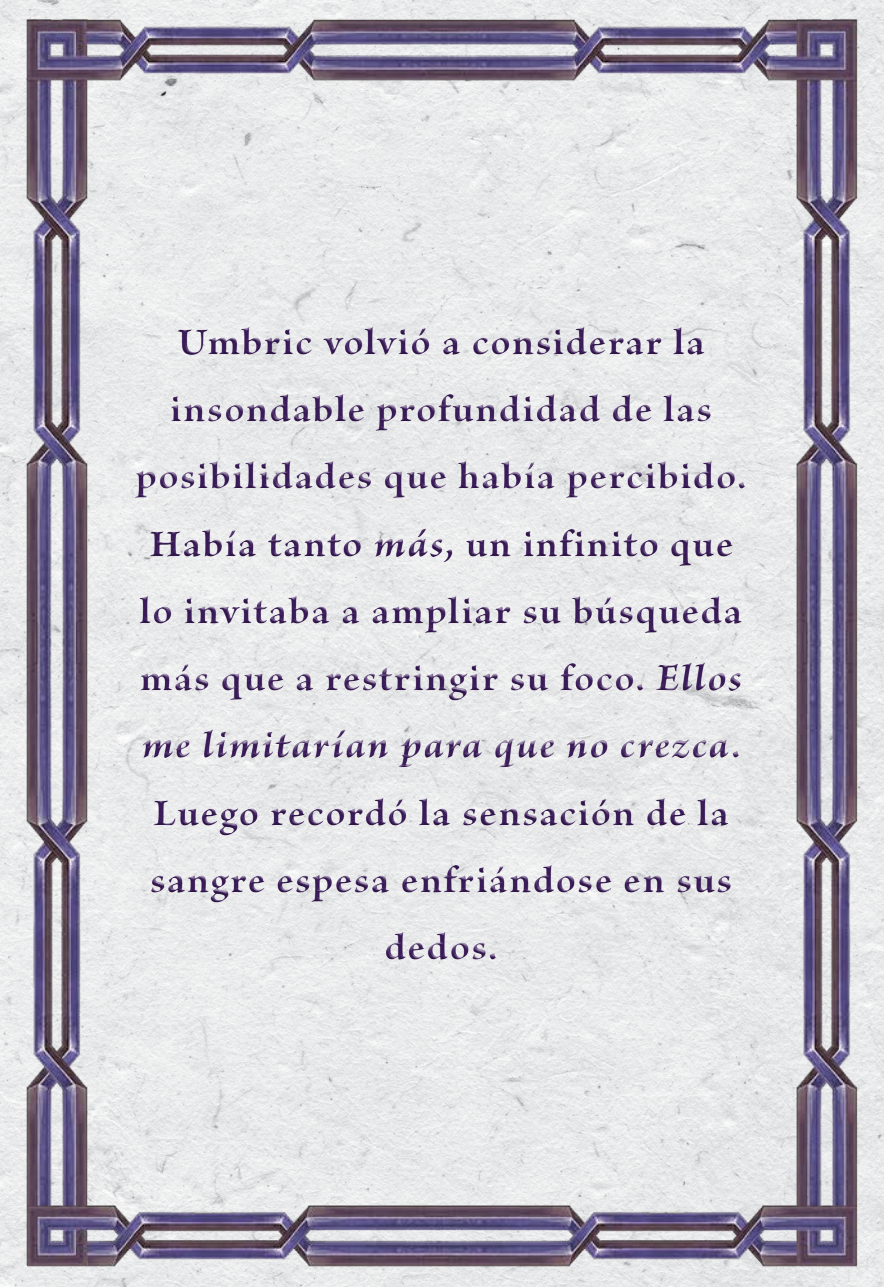
—*A los dos.* —Umbric sacudió la cabeza—. Tengo otras cosas que preferiría estudiar. Cosas que perjudiquen menos mi belleza.

—Las damas y caballeros solteros de Lunargenta lamentarán este día —dijo fríamente Rommath—. Umbric.

—¿Sí?

—Prométeme que no tolerarás la idiotez de Dar’Khan de nuevo. —Rommath recogió lo que quedaba de los muebles rotos con un gesto de la mano.

Umbric volvió a considerar la insondable profundidad de las posibilidades que había percibido. Había tanto *más*, un infinito que lo invitaba a ampliar su búsqueda más que a restringir su foco. *Ellos me limitarían para que no crezca.* Luego recordó la sensación de la sangre espesa enfriándose en sus dedos. Y no por primera vez, deseó desesperadamente tener en alguna medida el deseo ardiente de Dar’Khan de aprender y desdeñar toda consecuencia, o la convicción férrea de



Umbric volvió a considerar la insondable profundidad de las posibilidades que había percibido. Había tanto *más*, un infinito que lo invitaba a ampliar su búsqueda más que a restringir su foco. *Ellos me limitarían para que no crezca.* Luego recordó la sensación de la sangre espesa enfriándose en sus dedos.

Rommath, que no solo lo empujaba a la excelencia, sino que le concedía tal nivel de certeza.

Él no tenía esa motivación interna, y seguía confundido, vacilante y esforzándose por pensar a pesar del dolor punzante de la nariz. Las posibles consecuencias —expulsión, exilio o peor— eran mucho más claras que las impresiones del infinito que ya se desvanecían.

¿Y qué bien podrían traer esas posibilidades no descubiertas, de todos modos? Lunargenta necesitaba pilares de fortaleza como Rommath y mentes agudas como la de Dar’Khan para guiar el rumbo de su futuro, no una promesa de incertidumbre nacida de un mar de preguntas que quizá nunca tendrían respuesta. *Recuerda por qué estás aquí.* La emoción de aprender, sí, pero el ideal del servicio primero y ante todo. Pronto, un día, él serviría a su hogar como magíster, lado a lado con sus amigos más queridos; esa era la visión del futuro anhelada y tangible que todos habían construido a lo largo de muchas noches, copas en mano, y no deseaba otra cosa.

Enfrentó la mirada de Rommath, la habitual dureza de su amigo aún atravesada por la preocupación, y dijo las palabras que deberían haber surgido con mayor rapidez y naturalidad:

—Lo prometo.



Umbric maldijo al aire luego de que su pie quedara atrapado en un adoquín roto; su cuerpo, debilitado por la falta de comida, sueño y, sobre todo, de la energía de la Fuente del Sol, no tenía la fuerza ni la coordinación que habría empleado en otra época para salvarse. Cayó despatarrado, con las rodillas y manos doloridas por el impacto, pero solo le importaba el pequeño maletín de cuero rajado que había amortiguado parcialmente su caída. Parecía intacto, a juzgar por lo que vio mientras se levantaba con torpeza y lo recogía del suelo. La calle parecía estar desierta, semicubierta por escombros. Los únicos sonidos eran un sollozo esporádico a lo lejos y el ruido inconstante de persianas abiertas agitadas por el viento.

Umbric reprimió una risa histérica. Lunargenta era una carcasa vapuleada de ciudad, aún sucia por la basura que dejó la invasión de la Plaga. Y sus habitantes, marchitándose sin la magia constante de la Fuente del Sol, persistían como fantasmas a la espera. Estaba claro que no había nadie para verlo huir como un ladrón.

Aun así, no podía evitar mirar furtivamente por sobre el hombro mientras avanzaba tambaleándose a su apartamento, mareado por las puntadas dolorosas de la abstinencia. No se detuvo hasta haber cerrado de un portazo y con pestillo. Agotado, dejó caer el paquete en una de las mesas en una punta y se derrumbó sobre el sofá al lado. Mientras esperaba que le bajaran las pulsaciones, miró fijo el maletín, con ojos ansiosos.

—Voy a quemarte cuando recupere el aliento— le informó. Se imaginó que le respondía con una risa mordaz y burlona.

*La abstinencia me ha arrojado finalmente a la locura.* Un sueño febril lo había transportado de regreso a una mejor época en Dalaran, cuando Rommath y él pasaban largas tardes estudiando en una sucesión de cafeterías y Dar'Khan los buscaba para mostrarles algún experimento nuevo e idiota que quería probar. Pero había traído otros recuerdos entre sus pensamientos desordenados cuando se despertó, pensamientos que lo habían enviado del otro lado de la ciudad a lo que alguna vez fue una quesería, pero ahora era una ruina... y que ocultaba en su interior un estudio que Dar'Khan le había mostrado hacía años.

Umbric dejó caer la cara entre las manos. *¿Qué creí que encontraría allí sino dolor, culpa y horror?* Dar'Khan siempre había considerado que las reglas de Dalaran eran mínimas, pero molestas, aunque su comportamiento en aquellos días estaba lejos de abarcar la destrucción de los resguardos de Quel'Thalas al servicio del Rey Exánime. Le dolía, como si apretara con un dedo una magulladura hasta el hueso, pensar en la participación de Dar'Khan en la liberación de la Plaga en Lunargenta y en la apertura de la Fuente del Sol a una corrupción incurable, tal como se usó para sentenciar a su propio pueblo a una locura corrupta o una muerte lenta y degradante.

En el estudio oculto de Dar'Khan había encontrado una montaña de escombros, aunque era imposible saber si había quedado así a manos de la Plaga, del propio Dar'Khan o de los furiosos magisteres que habían buscado destruir

todo rastro ennegrecido de él. Umbric debería haberse ido en ese preciso momento, cuando se vio enterrado bajo pilas de papel chamuscado y triturado. Aún había suficientes fragmentos de escritura de Dar'Khan en esos restos como para que algunas palabras fueran legibles, y lo que leyó le dio escalofríos.

Pero luego encontró el pequeño maletín, lo único intacto en la habitación. O quizás *había sido la intención* que él encontrara el maletín. Quizás esto era una trampa que le habían tendido.

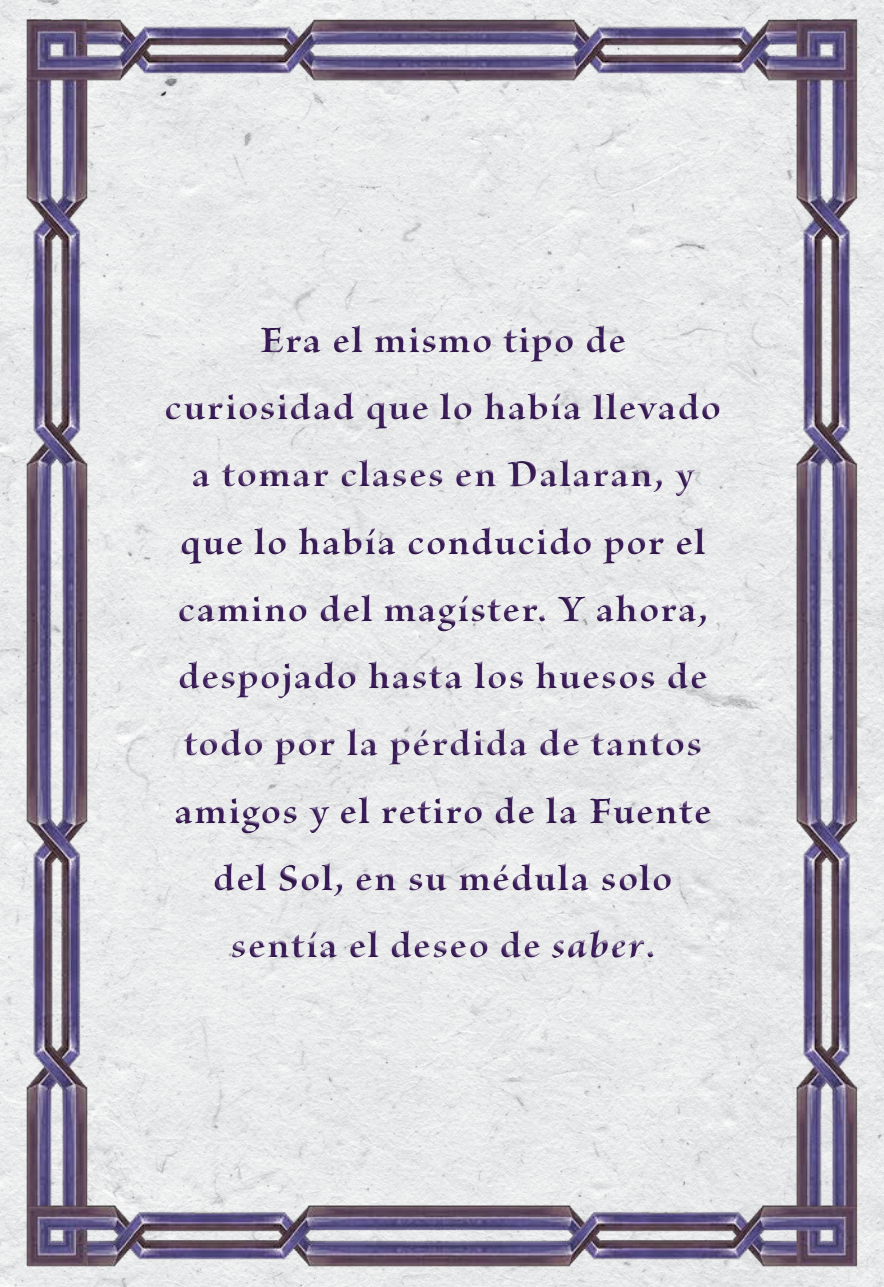
*Si tan solo Rommath estuviera aquí*, pensó, y de todas las reacciones posibles, esa idea lo hizo reír. Rommath estaba en Terrallende, muerto hasta donde Umbric sabía. Si Rommath estuviera aquí, habrían estado trabajando juntos para resolver el gran problema letal de los elfos de sangre, y Umbric nunca habría terminado en ese sótano maldito ni habría traído el maletín —sin dudas también maldito— a su habitación.

—Rommath me diría que te quemé también —dijo irritado—. Y tendría razón. —Umbric se puso de pie con esfuerzo, sosteniéndose del respaldo del sillón mientras le sobrevenía una ola de vértigo. Llevó el maletín hasta la chimenea, con la intención de arrojarlo al fuego. Pero luego notó que la solapa estaba suelta... la cerradura se debió haber roto cuando él se cayó. *No importa. Quémalo.*

Si tan solo tuviera la convicción de Rommath, ya lo habría lanzado al fuego. Pero en lugar de eso, se quedó preguntándose qué habría adentro. Era el mismo tipo de curiosidad que lo había llevado a tomar clases en Dalaran, y que lo había conducido por el camino del magíster. Y ahora, despojado hasta los huesos de todo por la pérdida de tantos amigos y el retiro de la Fuente del Sol, en su médula solo sentía el deseo de *saber*.

*¿El poder y el conocimiento son herramientas que nosotros manejamos o amos que nos manejan a nosotros? ¿Dar'Khan fue víctima de poderes prohibidos, corrompido hasta la monstruosidad por una tonta decisión de dar un paso más en ese camino de oscuridad? ¿O él eligió todos los días convertirse en un monstruo y solo preocuparse por sus ambiciones, por encima de todo lo demás?*

La primera era una idea mucho más reconfortante, que hacía quedar a ese gran mal como algo inevitable, igual que un terremoto. Era doloroso apartarla y abrirse



Era el mismo tipo de curiosidad que lo había llevado a tomar clases en Dalaran, y que lo había conducido por el camino del magíster. Y ahora, despojado hasta los huesos de todo por la pérdida de tantos amigos y el retiro de la Fuente del Sol, en su médula solo sentía el deseo de *saber*.

a la posibilidad de sentir más culpa. *Quizás si no hubiera elegido a Rommath por sobre Dar'Khan... si hubiera encontrado un modo de que todos siguiéramos siendo amigos...*

*No. Quizás podría haberlo ayudado a encontrar un mejor camino. Pero yo no elegí su camino por él.* Umbric inclinó la frente contra la repisa de la chimenea, que se sintió fría a pesar del fuego que crepitaba alegremente debajo, y corrió la solapa del maletín. Al menos sabría cuál era el contenido antes de lanzarlo a las llamas.

La esquina de un tomo asomaba entre las profundidades del maletín. El corazón de Umbric tembló en su pecho cuando sacó el libro. A pesar de haber visto una sola vez la tapa, que le habían puesto prácticamente en las narices hacía muchos años cuando había estado con una resaca desesperante, la imagen estaba impresa en su mente. De todas las reliquias que Dar'Khan podría haber guardado de sus días de estudiante, Umbric jamás hubiera esperado esto. El recuerdo de lo que sintió al tocar el Vacío, esa posibilidad y poder infinito, fue como una ola de agua fría que lo cubrió por completo y le quitó el aire.

*¿No era la falta de un poder así de omnipresente lo que estaba prácticamente matándolos a todos?*

*Prométeme que no tolerarás la idiotez de Dar'Khan de nuevo.* Y en aquel entonces, se lo había jurado a Rommath. Los dedos de Umbric apretaron la tapa del tomo, y el cuero se descascaró bajo el borde irregular de sus uñas.

*¿Pero a quién beneficia una promesa así mientras todos nos consumimos?*

Umbric fue presuroso a su escritorio y vació el maletín: monedas sueltas, medio mazo de cartas con el borde doblado, plumas rotas, las milenarias migas de lo que quizás había sido una galleta. El único artículo de interés era el propio tomo, y lo abrió velozmente. Era extraño que Dar'Khan hubiese guardado el libro cuando sus intereses habían estado concentrados en la necromancia. Umbric quizá se podría haber convencido a sí mismo de que su antiguo compañero había guardado el volumen solo como un recuerdo de mejores épocas, si no fuera por las notas crípticas y dispersas en la caligrafía indescifrable de Dar'Khan que tanto conocía y que seguía encontrando en los márgenes: una ecuación por la mitad que no terminaba en nada, algunos fragmentos acerca de un sitio llamado Telogrus subrayados con oscura intensidad. *Quizás haya más notas, si Dar'Khan siguió investigando este tema. Pero*



*no están aquí, y si estuvieran en su estudio, ya no están más intactas.* No era una línea útil de pensamiento, y Umbric la desechó por el momento. Mejor ver a dónde podría llevarlo el libro antes de emprender una búsqueda potencialmente infructuosa. Umbric volvió al comienzo del tomo y comenzó a leerlo con interés, y las palabras se acomodaron con empeño ante sus ojos hasta formar un flujo de información casi musical que conducía inexorablemente al principio de construcción de un portal del Vacío.

Los portales estaban hechos para poder pasar de un lugar al otro. Si el Vacío iba a ser la salvación de los elfos de sangre, lo que debía trasladarse era energía, no monstruos. Necesitaba un *conducto*, no un portal.

Umbric tomó su tiza y comenzó a dibujar un nuevo círculo arcano en el piso, modificando glifos y agregando ecuaciones mientras trabajaba. Dormía cada tanto, con la mejilla sobre el libro, y se despertaba con el gusto de la tinta y la tiza en los labios. Después de días (¿o fueron semanas?), dibujó un diagrama, lo volvió a dibujar, y no encontró fallas en su teoría. Tomó hebras de magia de líneas ley lejanas y pronunció su hechizo sin verdaderamente oír sus propias palabras, actuando por puro instinto desesperado.

Esta vez no hubo ningún anillo, nada visible a simple vista. Era algo que *se sentía* y no que *se veía*, como si hubiera tocado con la punta de los dedos el océano oscuro e insondable a una distancia infinita. Con un rugido que le resonó en los huesos, cubrió a Umbric intempestivamente, le llenó la sangre y la médula y le subió por los pulmones y el corazón hasta romper en su cerebro en lo que dura un respiro.

Por un momento, Umbric vio *todo*. No solo Azeroth, y ni siquiera la Gran Oscuridad del Más Allá en que estaba ubicada, sino algo que acechaba en los huecos de la realidad: un caleidoscopio de la creación junto a una infinita y enorme nada que rebotaba y se contradecía.

Algo oscuro e intencionado se movía entre él y la *nada*, como las lunas que eclipsan al sol. Una parte de él agradecía el vaivén de esa marea abrumadora, y luego temió ante el conocimiento de que algo podría acelerar la corriente precipitada de una fuerza tan primigenia y sin fin como el Vacío. Las posibilidades aún lo inundaban, pero ahora podía comprenderlas cabalmente: visiones de futuros que

podrían ser suyos si él tuviera suficiente audacia, suficiente inteligencia, suficiente astucia. Podría gobernar Lunargenta como un magíster-dios, amado por aquellos a quienes había salvado con el don del Vacío. Las personas acudirían a él en busca de protección, como antes acudían a la Fuente del Sol, y cantarían alabanzas de rodillas mientras él los alimentaba con un goteo controlado de la energía del Vacío.

*Es lo que quiero, ¿no? Salvarnos a todos.* Pero este futuro se sentía como calzarse zapatos ajenos. Quería liberar a su pueblo del hambre desesperada, no esclavizarlos por ella. *Este es más el sueño de Dar'Khan que el mío. Y gracias a la Fuente del Sol, él eligió la muerte como una ruta más fácil al poder. Si él hubiera sabido... ¿Quién elegiría a la muerte cuando podría tener, aunque sea, una migaja del infinito?*

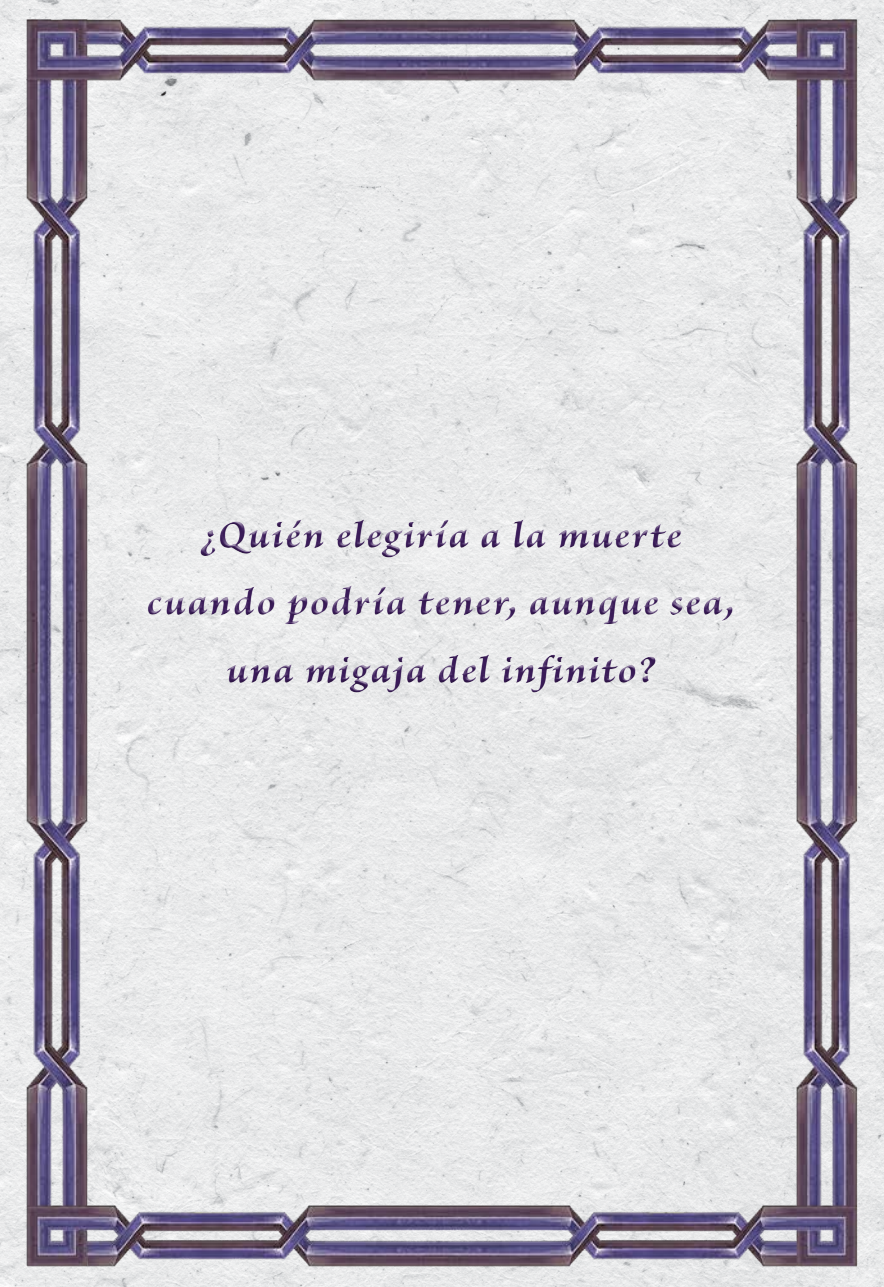
Otra posibilidad se deslizó entre la oclusión de la sombra: Kael'thas Caminante del Sol escuchando a Umbric, un respetado consejero en jefe, un poder detrás del trono del príncipe que reina sobre un pozo oscuro y frío de energía del Vacío. Esto era algo más cercano a lo que él prefería, pero... ¿Dónde estaba Rommath?

*Muerto, claro. Nunca toleraría verme haciéndole sombra ni la presencia de un poder que él no pudiera controlar.* No, eso no se parecía en nada al Rommath que él conocía, malhumorado e inflexible por momentos, pero siempre actuando por una fuerte lealtad y sentido del deber.

No. Esta voz que él creyó que era la suya era en verdad la presencia de la sombra, se dio cuenta Umbric. De algún modo, había salvado su cordura al plantarse frente a él y a la cruda *nada* a la que tontamente habían llamado "Vacío". Pero la posibilidad que había llegado a tocar ahora se filtraba a través de *eso*. Esta era su oferta, el Vacío controlaba y medía, y *sí, claro que él podía usarlo para salvar a los elfos de sangre, pero podía hacer muchísimo más...*

No.

El siguiente pensamiento que se filtró en su mente sonó con la voz de Dar'Khan, y cada palabra estaba cargada con una lógica burlona. *No fueron pocas tus ansias por verme, a tu querido amigo, sacrificado por el bien de Lunargenta. ¿Qué es una muerte más comparada con la supervivencia de todos los elfos de sangre? Y ya sabes que Rommath estaría de acuerdo conmigo, aunque al hacerlo apriete los dientes hasta pulverizarlos.* Umbric no podía decir si ese pensamiento venía de la presencia de la sombra, de su propia mente o de



*¿Quién elegiría a la muerte  
cuando podría tener, aunque sea,  
una migaja del infinito?*

alguna sombra de Dar’Khan. No importaba; Umbric nunca había estado interesado en la filosofía moral, y habría estado en apuros si le hubiesen pedido argumentar la lógica incluso en un buen día; su rechazo por el conflicto lo había mantenido lejos de los debates fervientes y ubicuos de Dalaran. Sin embargo, la justificación no era necesaria si él no aceptaba que era un tema que valía la pena discutir en primer lugar.

*No. Me niego a una opción así de sangrienta. Si la posibilidad es una fuerza verdaderamente infinita, entonces debe haber un mundo en que yo pueda salvar a mi pueblo sin sacrificar todo lo que amo.* Umbric tomó una bocanada de aire, con la garganta ronca de gritar, y la conciencia de su cuerpo y de todos sus dolores regresaron.

—Yo mismo lo encontraré —gruñó. Sentía las manos entumecidas y distantes, aún enredadas en los frágiles hilos de lo arcano. Las movió con una torpeza que no había conocido desde el día en que se había convertido en aprendiz... y cortó el hechizo.

La presencia sombría se desvaneció, pero así también el torrente de potencial. Absolutamente despojado, Umbric cayó de rodillas y lloró.

Pasó un momento, una hora, una vida, pero luego... un paño húmedo se apoyó en su frente, y la fresca humedad contrastó con la orden filosa que le siguió.

—Despierta, Umbric. No tengo tiempo para tu teatro.

Hubiese reconocido la voz de su amigo más querido —y el afecto y el humor escondidos en ese tono duro— aunque estuviera muerto hacía cien años. Con un esfuerzo heroico, Umbric abrió con pesadez los ojos y vio a Rommath inclinado sobre él. Se preguntó si esto podría ser una alucinación por la agonía de muerte. Rommath se veía en mucho mejor estado que ninguno de los sin’dorei desde hacía meses, aunque sus ojos brillaban con un verde sobrenatural.

—¿Estoy muerto?

Rommath se rio socarronamente.

—Si mi reprobación es tu recompensa después de la muerte, habla muy mal de la vida que viviste.

Con un golpe repentino de energía frenética, Umbric recordó lo que había estado haciendo. Intentó sentarse, *¿cómo llegué a estar en el sofá?*, pero Rommath lo empujó hacia abajo con una mano firme en el pecho para que no se levantara.

—La encontré, Rommath. ¡La solución!

Rommath miró el resto de la habitación, y abrió grandes los ojos al ver el estado general. *¿Qué hiciste?*

—La energía... el conocimiento. Es infinito. Nos podría salvar. Un conducto, ¿ves? No como el portal de Dar’Khan.

Rommath miró el círculo arcano, las ecuaciones de tiza borroneadas, y el tomo que aún estaba abierto en el piso, y su gesto se volvió rígido y frío al reconocerlo. Volvió a mirar a Umbric, y su tono se elevó hasta convertirse en un gruñido furioso.

—Me diste tu *palabra*.

—Nos estamos *muriendo*.

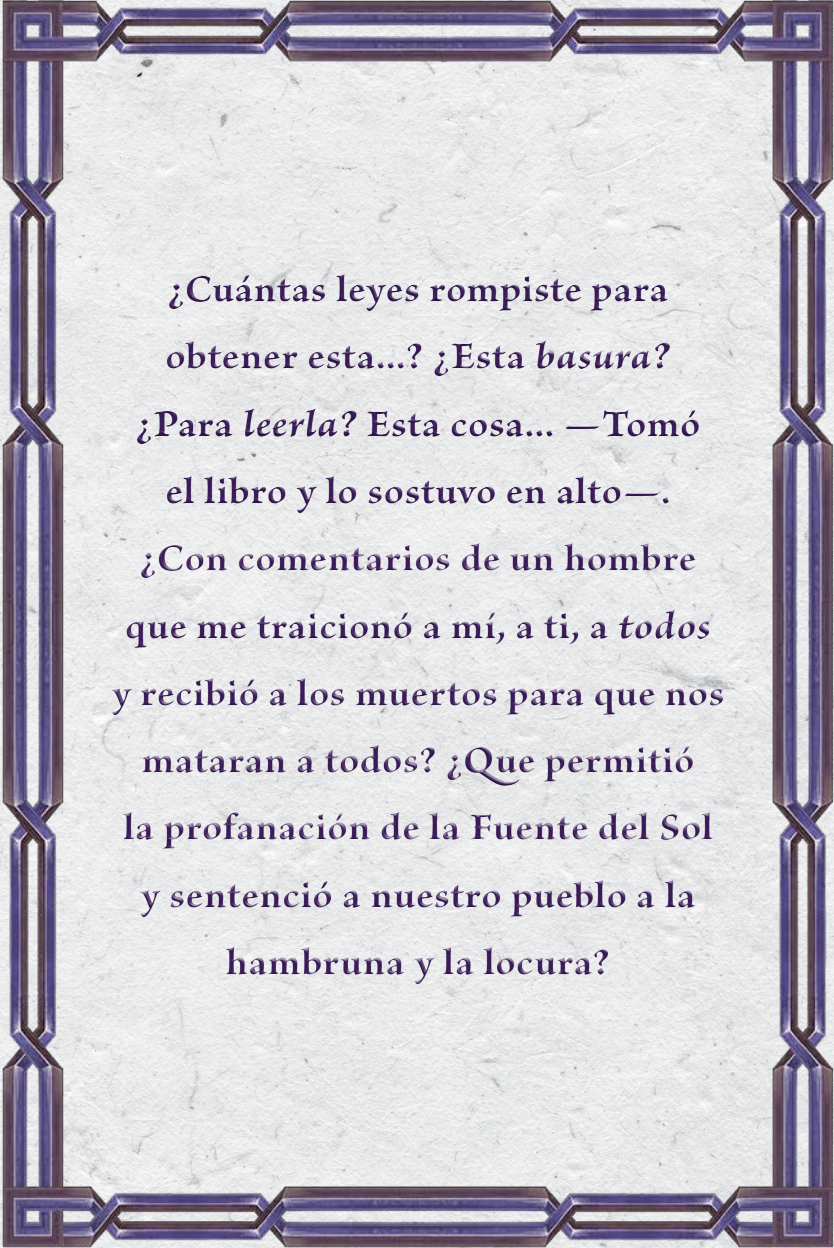
—¡Yo confié en ti! —gritó Rommath—. Dormía más tranquilo porque sabía que estabas aquí, vigilando a Quel’Thalas. Y ahora te encuentro... —Su gesto se retorció de ira y repulsión mientras señalaba con un gesto de la mano el desastre de papeles y tiza que había invadido la sala de Umbric—. *¿Cuántas leyes rompiste para obtener esta...? ¿Esta basura? ¿Para leerla?* Esta cosa... —Tomó el libro y lo sostuvo en alto—. *¿Con comentarios de un hombre que me traicionó a mí, a ti, a todos y recibió a los muertos para que nos mataran a todos? ¿Que permitió la profanación de la Fuente del Sol y sentenció a nuestro pueblo a la hambruna y la locura?*

La sucesión electrizante de miedo, ira y terror a medida que las palabras de Rommath lo herían como golpes ayudó a Umbric a poner sus ideas en algún tipo de orden.

—Yo... Yo no traicionaré a nuestro pueblo como hizo Dar’Khan —rogó Umbric—. Tú me *conoces*, Rommath. Mejor que nadie. No tengo ningún interés en la fama o el poder. —*Sin importar que el Vacío me haya querido tentar*—. Solo quiero salvarnos de la extinción.

Rommath respiró hondo y pareció controlar su ira.

—La locura por la pérdida de la Fuente del Sol nos ha afectado a todos enormemente. —Miró el libro que aún sostenía en la mano y lo lanzó a la chimenea. Umbric se estremeció ante el sonido del golpe contra los leños y el crepitar cuando el fuego prendió, pero sabía, de algún modo, que ya había aprendido todo lo que el libro tenía para decirle. Rommath siguió:



¿Cuántas leyes rompiste para  
obtener esta...? ¿Esta *basura*?  
¿Para *leerla*? Esta cosa... —Tomó  
el libro y lo sostuvo en alto—.  
¿Con comentarios de un hombre  
que me traicionó a mí, a ti, a *todos*  
y recibió a los muertos para que nos  
mataran a todos? ¿Que permitió  
la profanación de la Fuente del Sol  
y sentenció a nuestro pueblo a la  
hambruna y la locura?

—No llegaré a ese punto. Kael'thas me envió a casa porque encontró una solución, y yo debo enseñar la primera parte. Hay un método... que nos permite extraer la energía que necesitamos.

—¿De dónde?

—Por ahora, de artefactos, de objetos que ya no están en uso, ese tipo de cosas.

—Eso no es una solución permanente —señaló Umbric.

—Nunca dije que lo fuera. Pero mientras recuperamos nuestra fuerza, Kael'thas está adquiriendo una fuente más grande de poder que podremos usar. Por lo tanto, no es necesario que tomes una medida tan drástica. Nuestro príncipe nos traerá la salvación. Confía en él.

La invocación de Rommath del nombre de Kael'thas debería haber sido más reconfortante. Umbric lo había conocido solo periféricamente cuando habían sido todos estudiantes en Dalaran, pero era el hijo del rey Anasterian. No podía dejar de pensar en que todos habían dependido de la Fuente del Sol como un pilar inamovible del que pendían sus vidas sin dudar un segundo, y en que no habían estado preparados en absoluto para su destrucción.

Y también pensó: *yo confiaba en Dar'Khan.*

—Ya no creo que sea conveniente confiar nuestro destino a un solo salvador, ya sea la Fuente del Sol o Kael'thas.

Los labios de Rommath se tensaron en una línea fina de descontento.

—Si hubieras viajado con nosotros, entenderías. —Se acercó y apoyó brevemente el dorso de la mano en la mejilla de Umbric—. Tienes fiebre. Deja esta locura, Umbric. Mientras aún pueda excusarla.

*Es extraño lo claro que percibo mis pensamientos.* Lo suficientemente claro para ver el favor que Rommath le ofrecía, no solicitado: si abandonaba el asunto, Rommath lo atribuiría a la abstinencia y enfermedad, y todo quedaría atrás. Si seguía insistiendo, Rommath, que creía en la ley por sobre todo lo demás, que era intransigente y cuyo corazón seguía sangrando por la traición de Dar'Khan, mandaría a los rompedores de hechizos a buscarlo. Umbric cerró los ojos con fuerza para calmar el dolor de cabeza. Estaba demasiado cansado para intentar que un muro como Rommath cediera; su conocimiento era muy superficial, y su comprensión del Vacío, demasiado

incipiente. *Aprenderé. Y cuando haya dominado este estudio, Rommath si me escuchará.*

Esta vez, Rommath no lo detuvo cuando intentó sentarse. Le quitó el paño de la frente.

—Está bien —dijo Umbric—. Oiré cuál es la solución que has traído.



*Pronto es mi cumpleaños. Quizás estoy por entrar a una fiesta sorpresa,* pensó Umbric con humor negro mientras tocaba la puerta de la cámara del consejo. Se aferraría a cualquier chispa de liviandad para olvidar la certeza de que algo no estaba para nada bien. Unos guardias acababan de rechazar su entrada a la cámara de la Fuente del Sol, un suceso ya de por sí extraño. Ahora que la Fuente del Sol estaba sanada y estable, ya no había motivos para que a un magíster de su pueblo le fuera negada la entrada, y menos a uno de la posición de Umbric. Había estado dudando sobre a quién hablarle sobre este error, *¿a Lor'themar, quizás?*, cuando un mensajero se detuvo frente a él y le entregó una citación para el consejo completo de magísteres. Un consejo completo sobre el que nadie se había molestado en comentarle a Umbric.

Las puertas se abrieron y contempló la escena frente a él: casi todos los magísteres que actualmente vivían en Lunargenta, uno con más semblante censorador que otro; Maella, con las manos entrelazadas delante, se veía pequeña y extraña sin su armadura de rompedora de hechizos; Rommath, de pie con los brazos cruzados, con un gesto frío y su mirada fija en Umbric.

Umbric sintió que lo inundaba la ira al ver que trataban a Maella como una criminal: básicamente, la sorpresa que le habían preparado a él.

—Recibí su citación.

—Esta *mujer* —dijo el magíster Ocaso Marchito— fue atrapada practicando magia oscura y será juzgada.

*Y ya ha sido juzgada culpable, si no se le otorga la cortesía de ser mencionada por su nombre.*

—¿Qué tipo de magia oscura? —preguntó Umbric, aunque ya sabía la respuesta.

—Un ritual del Vacío —dijo Rommath.

Umbric vio ante él sus opciones con claridad: pretender que no reconocía a Maella y dejar que enfrentara el castigo sola... o hacer su mejor esfuerzo por protegerla al otorgarle a sus colegas magísteres el trofeo que estaban buscando. Maella entendería si él elegía la primera opción. Todos sabían los riesgos que corrían en su estudio de aquello que los magísteres habían prohibido, a pesar de las protestas de Umbric, después de que la Fuente del Sol se volvió a encender.

La fatiga reemplazó el temor en su corazón. Estaba cansado de mentir, de esconderse, de actuar como si la imprescindible búsqueda de conocimiento estuviera mal. También estaba cansado de la hipocresía de todos los magísteres que proclamaban la santidad de la Fuente del Sol, esta segunda oportunidad que recibieron en el corazón atormentado de un naaru. Umbric metió las manos en las mangas para ocultar su temblor.

—Entonces supongo que yo también debo ser juzgado, pues yo soy quien le enseñó a ella.

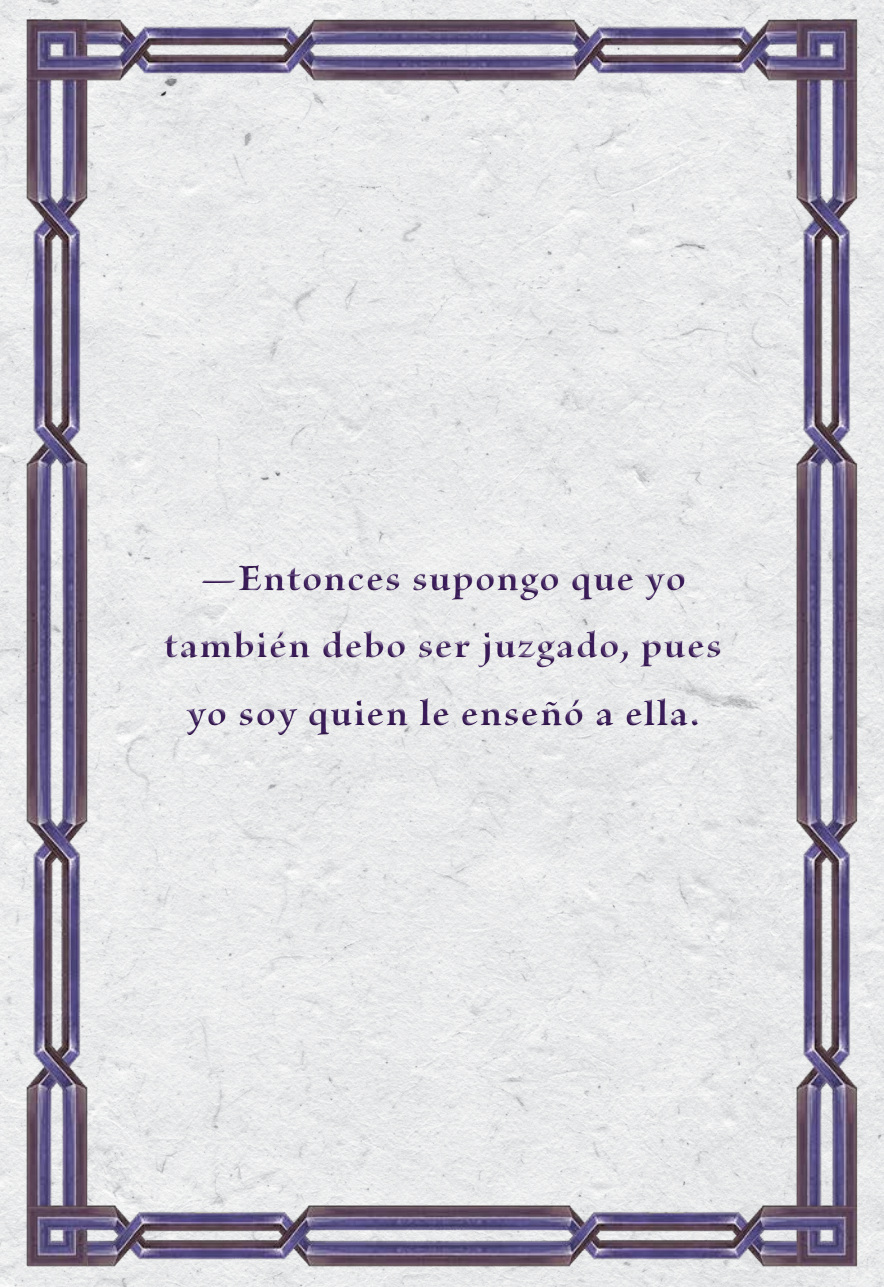
Los magísteres reunidos comenzaron a gritar, pero Umbric solo miraba a Rommath. Su gesto era lúgubre, pero no se veía sorprendido. Fue la voz de Rommath la que interrumpió el alboroto con palabras gélidas y precisas.

—¿Y qué fin podría tener semejante ritual ahora que la Fuente del Sol ha sido restaurada?

Umbric se había preparado para este día, imaginando argumentos, giros verbales recurrentes, una lógica inexorable que podría convencer a los magísteres de lo que parecían determinados a ignorar. Pero al ver los ojos de Rommath, todas las palabras cuidadosamente pensadas se volvieron ceniza en su boca.

—Conocen los hechos tan bien como yo. La Fuente del Sol ha sido corrompida dos veces y destruida una vez, y se requirió el corazón del naaru que torturamos por pedido de Kael'thas para poder restaurarla. Hacer lo mismo una y otra vez y esperar un resultado distinto es una locura.

—Hacer lo mismo una y otra vez. —Rommath mordió cada palabra—. ¿Como alimentar una víbora en el corazón de nuestra ciudad? Dar'Khan casi nos destruyó. *Kael'thas* casi nos destruyó.



—Entonces supongo que yo  
también debo ser juzgado, pues  
yo soy quien le enseñó a ella.

Uno de los otros magísteres, Umbric no vio quién, dado que no podía despegar la mirada de Rommath por la furia y la desesperación que luchaban en sus ojos, agregó:

—Seríamos necios si dejáramos que te conviertas siquiera en una nota al pie en esa lista de aspirantes a tiranos.

—No tengo interés en obtener influencia política ni aclamación, y lo saben —respondió cortante Umbric. Leyó como una aceptación de su declaración la leve inclinación del mentón de Rommath—. Me aseguraría de que no puedan arrinconarnos como bestias desesperadas otra vez. Los magísteres sabemos mejor que nadie que el poder no es más que una herramienta, y al igual que toda herramienta, puede usarse para construir o para dañar. Si creamos múltiples caminos para nuestro pueblo, la pérdida de uno no nos llevará al desastre.

Era el mejor argumento que tenía, y debería haber funcionado. Y *habría* funcionado con el Rommath que había conocido cuando eran estudiantes. *Podría* haber funcionado con el Rommath que había regresado con el mensaje de falsa esperanza del príncipe Kael'thas, si tan solo Umbric hubiera podido formularlo coherentemente aquella vez. Pero a juzgar por la quietud helada del gesto de Rommath, sabía que sus palabras no habían tenido efecto.

—Tu investigación ya debe estar afectándote porque no puedes ver que la Fuente del Sol es el mejor camino, el *único* camino, que tenemos por delante. En lugar de eso, estás dispuesto a abrirla a la corrupción nuevamente.

—Mi investigación no afecta a la Fuente del Sol, ni pretendo ponerla en ningún tipo de peligro. Pero temo que cuanto más dependamos solo de su estasis y estabilidad, más intolerantes y fanáticos nos volveremos. —Umbric supo que esas palabras eran un error en el segundo que las terminó de pronunciar. Si bien unos pocos magísteres se veían pensativos, e hizo su mejor esfuerzo por recordar sus rostros, la indignación era palpable en la sala.

Nadie estaba más furioso que Rommath.

—La Fuente del Sol nos ha protegido por milenios —dijo, y cada palabra que pronunciaba era como un golpe—. Y nuestro mayor sufrimiento vino con su pérdida. —Respiró controladamente—. Deberás destruir tu investigación,

desbandar el grupo de tus seguidores y jurar ante todos los magísteres que no volverás a hablar de esto. —Sus labios formaron una línea amarga—. Quizás así cumplas tu palabra.

Umbric podía sentir que el amor que los había unido como amigos desde hacía tanto tiempo era un hilo demasiado estirado, a punto de cortarse. Sabía el profundo dolor que sintió Rommath por la traición de Dark'Khan y luego la de Kael'thas. Muchos creían que su amigo era hosco o insensible, pero Umbric había visto todas las veces en que se le había roto el corazón. No quería ser la causa de más dolor para alguien que se había preocupado tanto por él, y que se preocupaba tanto por su pueblo.

*Pero aun así...*

—No —dijo con firmeza—. No voy a prometer eso.

Rommath dio un paso atrás, como si lo hubieran golpeado.

Ignorando los gritos de los magísteres, Umbric le dijo solo a Rommath:

—Lo lamento, amigo mío. De veras. Si hubiera tenido la fuerza suficiente para decirlo antes, quizás las cosas habrían sido diferentes.

El resto fue la conclusión inevitable de lo acontecido, y a lo que Umbric casi ni prestó atención, estupefacto por su propia decisión. Lo ataron con grilletes arcanos, le quitaron formalmente su título de magíster, y lo llevaron con modos poco amables a una celda de prisión especial para magos mientras se presentaba el asunto ante el señor regente. Rommath ni lo miró mientras se lo llevaban.



En el crudo silencio de su celda, Umbric se preguntó si este sería su final: muerto, y con sus estudiantes ocultos, un martirio que no conseguiría nada. Sin dudas era posible; el Vacío le había demostrado hasta ahora que todo era posible. Pero eso también significaba que había posibilidades que no conducían a su muerte. Quizá menos de las que hubiera querido, dado que le había tomado tanto tiempo encontrar la convicción de su causa.



Umbric fue salvado de sus reflexiones por Rommath, acompañado por guardias a los que hizo retirarse.

—Hablaremos en privado. No puede lastimarme.

*No más de lo que ya lo hice*, pensó Umbric, miserablemente.

—¿Traes noticias de mi muerte?

Rommath sacudió la cabeza.

—Convencí a Lor'themar para que no lo haga. Toma como un favor que serán desterrados. Tú y tus seguidores. No podré proteger a nadie más después de esto. Ni es algo que quisiera.

*El último regalo de una amistad rota.*

—Así será.

Rommath lo miró fijo mientras movía la boca, como si estuviera buscando palabras entre los dientes.

—Has... *cambiado*, Umbric. Antes podía confiar en ti.

Eso dolió. Pero ahora todas las palabras dolían.

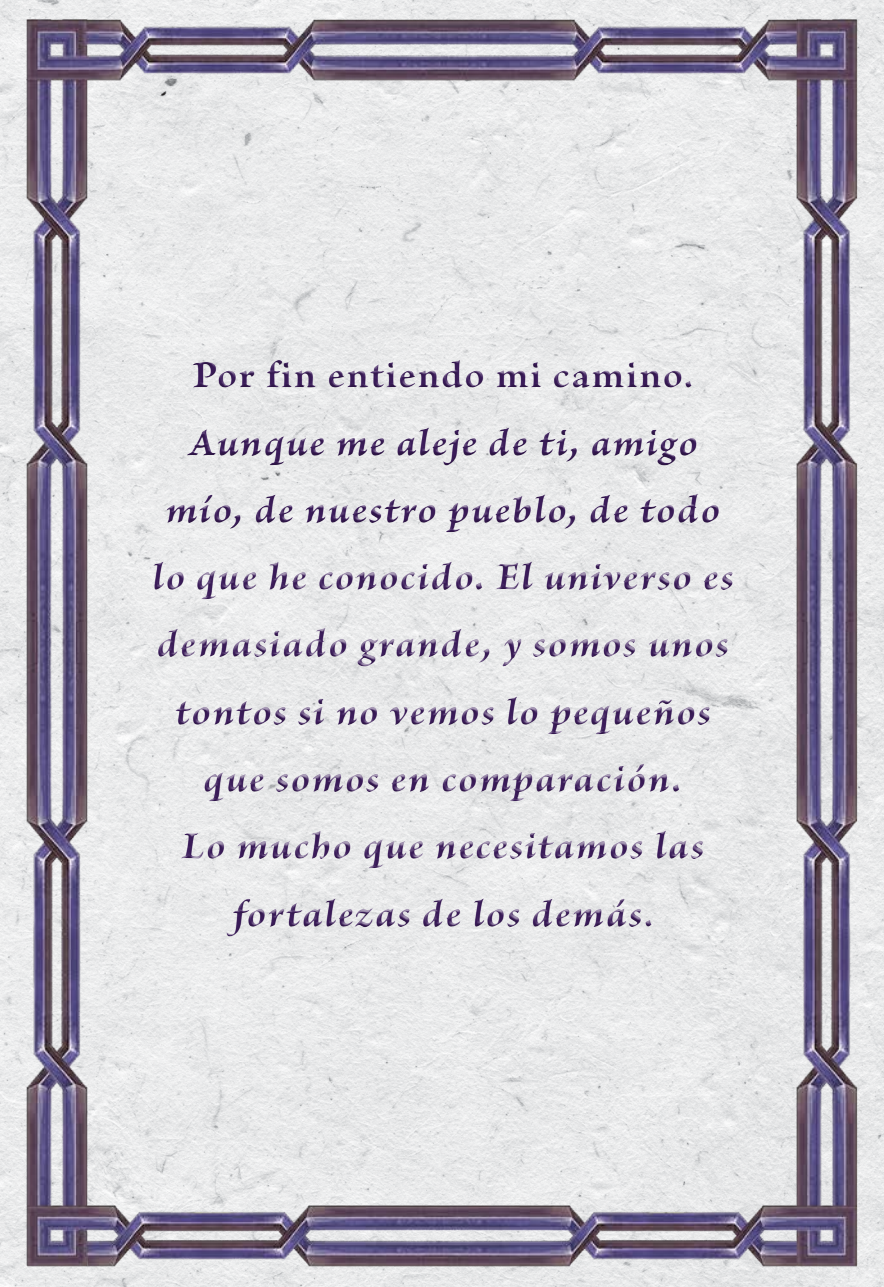
—Y tú no has cambiado ni un ápice, después de todo lo que hemos visto y aprendido. —Con cada triunfo y cada desastre que había hecho temblar a su mundo, Rommath siempre había respondido plantándose más firmemente: una torre construida y reforzada para resistir todo ataque. Aquella era su máxima fortaleza, y su máxima debilidad. Umbric no necesitaba repasar las infinitas posibilidades en el Vacío para saber que, en algún momento, todas las torres se enfrentan a una tormenta que no pueden superar.

—Aún hay tiempo, si no eres demasiado orgulloso —dijo Rommath—. Sus labios mostraban una leve inclinación, tan leve que Umbric casi podría haberlo imaginado, que insinuaba un profundo pozo de tristeza—. Lor'themar tiene una capacidad para la piedad mucho más grande que la mía.

—No —dijo Umbric, con toda la amabilidad que pudo.

—¿Por qué? —le reclamó Rommath.

*¿Por qué?* La respuesta le vino espontáneamente, una conclusión que había sabido desde hacía mucho tiempo, pero nunca había pronunciado. —Por fin entiendo mi camino. *Aunque me aleje de ti, amigo mío, de nuestro pueblo, de todo lo que he*



*Por fin entiendo mi camino.  
Aunque me aleje de ti, amigo  
mío, de nuestro pueblo, de todo  
lo que he conocido. El universo es  
demasiado grande, y somos unos  
tontos si no vemos lo pequeños  
que somos en comparación.  
Lo mucho que necesitamos las  
fortalezas de los demás.*

*conocido. El universo es demasiado grande, y somos unos tontos si no vemos lo pequeños que somos en comparación. Lo mucho que necesitamos las fortalezas de los demás.*

—Ja. Un camino al Vacío —Rommath dijo con ironía.

Umbric sacudió la cabeza.

—Tú también te has alejado de Quel'Thalas antes.

—Por nuestro hogar. Nuestro pueblo.

—¿Es tan difícil de comprender que mis razones son las mismas?

—No le di la espalda alegremente a todo lo que era correcto en busca de un poder corrupto. Ni mentí sobre lo que hacía. —Los labios de Rommath se fruncieron—. Nosotros *no* somos iguales.

—Nunca me sentí más infeliz en toda mi vida, Rommath. —Umbric rio con amargura—. Hay fuerzas mucho más fuertes que la magia o el Vacío, y mucho más frágiles. La amistad, el amor, la conexión... eso es lo que nos salvará del próximo desastre, y el siguiente, y el siguiente, ¿no lo ves? —¿Cómo podría verlo? Recién ahora que pronuncio estas palabras, yo mismo comienzo a entender—. Usaré hasta la última gota de poder que tenga a disposición para proteger a Lunargenta. Para protegerte a ti.

—Yo no pedí eso.

—Siempre has hecho lo que creías que debías hacer por nuestro pueblo, incluso cuando lo despreciabas. Incluso cuando te lastimaron. Deberías sentir orgullo de que al fin he aprendido algo de ti.

Rommath inclinó la cabeza brevemente en señal de aceptación. Cuando levantó la mirada, podría haber estado considerando el destino de un extraño, a juzgar por la poca calidez que demostró.

—Tienes un día. Luego, serás expulsado por la fuerza.

—Entonces déjame salir.

Rommath se apartó, y Umbric comenzó a recorrer el largo camino que lo alejaría de su hogar. No miró atrás, pero sabía que Rommath estaba allí, observándolo.



—Te veías menos nervioso la última vez que combatiste en una batalla —dijo Maella, apoyada casualmente contra una roca. Era una postura en que Umbric la había visto muchas veces en Lunargenta, mientras debatían algún que otro aspecto de un ritual, solo que ahora ella tenía la armadura de una avizora de fallas y el tono púrpura de piel de los ren'dorei.

—¿Crees que así terminará esto? —preguntó Umbric, apartando la mirada del portal del Vacío que se estaba construyendo frente a él. La mano le cosquilleaba por las ansias de tomar el mando del delicado trabajo, pues construir un pasaje de la Falla de Telogrus hasta Azeroth no era un plan sencillo, pero les había prometido a sus camaradas ren'dorei que los dejaría practicar. El amplio cielo sobre la Falla de Telogrus estaba cubierto de remolinos de energía y posibilidad que brillaban frente a sus ojos; cuando habían llegado aquí por primera vez, antes de que el Vacío lo hubiese cambiado por completo, por dentro y por fuera, el cielo le había parecido oscuro, opresivo y vacío. *El mundo parece cambiar cuando uno tiene ojos para ver.*

—¿Tú no? —Las cejas arqueadas de Maella sobre el resplandor lila de sus ojos reflejaron lo hondo de su escepticismo.

—No. O... Espero que no. Tenemos una preocupación en común mucho más grande que viejos rencores.

—Anotaré “viejos rencores” en tu corona funeraria si te equivocas.

La fortuna se apiadó de Umbric y frenó los comentarios de Maella, y la ansiedad que le causaban, con la aparición de unos remolinos de energía oscura alrededor del portal, que luego se abrió.

—Confío en ti para que mantengas a todos a salvo mientras no estemos.

—Claro, solo... intenta que no te quemen.

Umbric hizo de cuenta que no oyó la reprimenda final mientras les indicaba a los expectantes magos y caminafallas que lo siguieran. No estaba contento con llevarse a la mayoría de los defensores de la Falla de Telogrus, pero, si él tenía razón, los iban a necesitar en otro lado. La sensación de viajar por un portal del Vacío era distinta de las numerosas veces en que había utilizado su equivalente arcano. Era como ser propulsado por un océano arremolinado de posibilidades hasta llegar inexplicablemente a la orilla correcta.

Esa oleada mágica irresistible lo depositó en un camino de piedra roto con pasto sobrecrecido: la Aldea Brisaveloz. Se veía igual que hacía años, una cáscara rota que había quedado como un legado de la invasión de la Horda y luego de la Plaga, al menos ahora liberada de los no muertos, y en paz.

—Movimiento a la izquierda —dijo en voz baja uno de los caminafallas al oído de Umbric—. Un centinela, creo.

—Ese era el plan. Ahora hay que esperar. —*Rommath dirá que esto es una nueva promesa rota, y no estará del todo equivocado.* Pero Umbric no podía ver otra opción, literalmente. El Vacío no era el orbe de visión de veritas; la potencialidad era acerca del *ahora*, con futuros ramificados que se dividían en infinitos aún más grandes. Sin embargo, la visión de Vereesa Brisaveloz que llegó a sus oídos, el Vacío acercándose para tragarse a Lunargenta, coincidió con los bordes deshilvanados de sus propias observaciones. Había una maraña en el tejido de las posibilidades, una que amenazaba con consumir a todo Azeroth, y estaba cerca.

No tuvieron que esperar demasiado; Umbric pronto detectó el cambio en la energía ambiente que anunciaba un portal, seguido del creciente retumbo de muchos halcones zancudos acercándose. Detrás de él, uno de los magos murmuró acerca del honor de ser una amenaza tal que haya ameritado una respuesta inmediata. Umbric deseó poder reírse de eso, pero no pudo hacer más que mantenerse aparentemente calmo mientras el estómago se le revolvía por los nervios y la tensión.

Tal como había esperado y temido, era Rommath quien lideraba la columna, con la espalda recta y rígida como un atizador en su montura. *Se lo ve cansado*, pensó Umbric, aunque una observación mucho más importante habría sido la enorme cantidad de rompedores de hechizos y caballeros de sangre que lo seguían. *¿Acaso no hizo ningún amigo nuevo que le insista para que se cuide?* Cualquier cariño que pudiera haber sentido al ver a su viejo amigo fue aplastado de inmediato al ver la expresión de la cara de Rommath. Ira, desaprobación, censura... todo eso lo había esperado. Pero lo que vio en su gesto fue repulsión.

*Justo cuando por fin me había acostumbrado a nuestro nuevo aspecto.* De todas las bromas estúpidas que podría haberse dicho a sí mismo, esa fue la que rompió la

tensión que sentía, aunque no ayudó en absoluto para disolver la hostilidad que cundía entre los grupos.

Rommath detuvo a sus fuerzas, que superaban en número a los ren'dorei que había llevado Umbric, e hizo un gesto con la mano. El silbido del metal que provocaron las armas desenvainadas inundó el aire.

—Ya no me sorprende cuando rompes tu palabra —dijo Rommath.

—No estamos aquí para exigir un regreso a Lunargenta. —*Aunque espero algún día poder volver.*— Sino para luchar contra una amenaza que enfrenta la ciudad.

—Tú y los de tu clase son la única amenaza que yo veo.

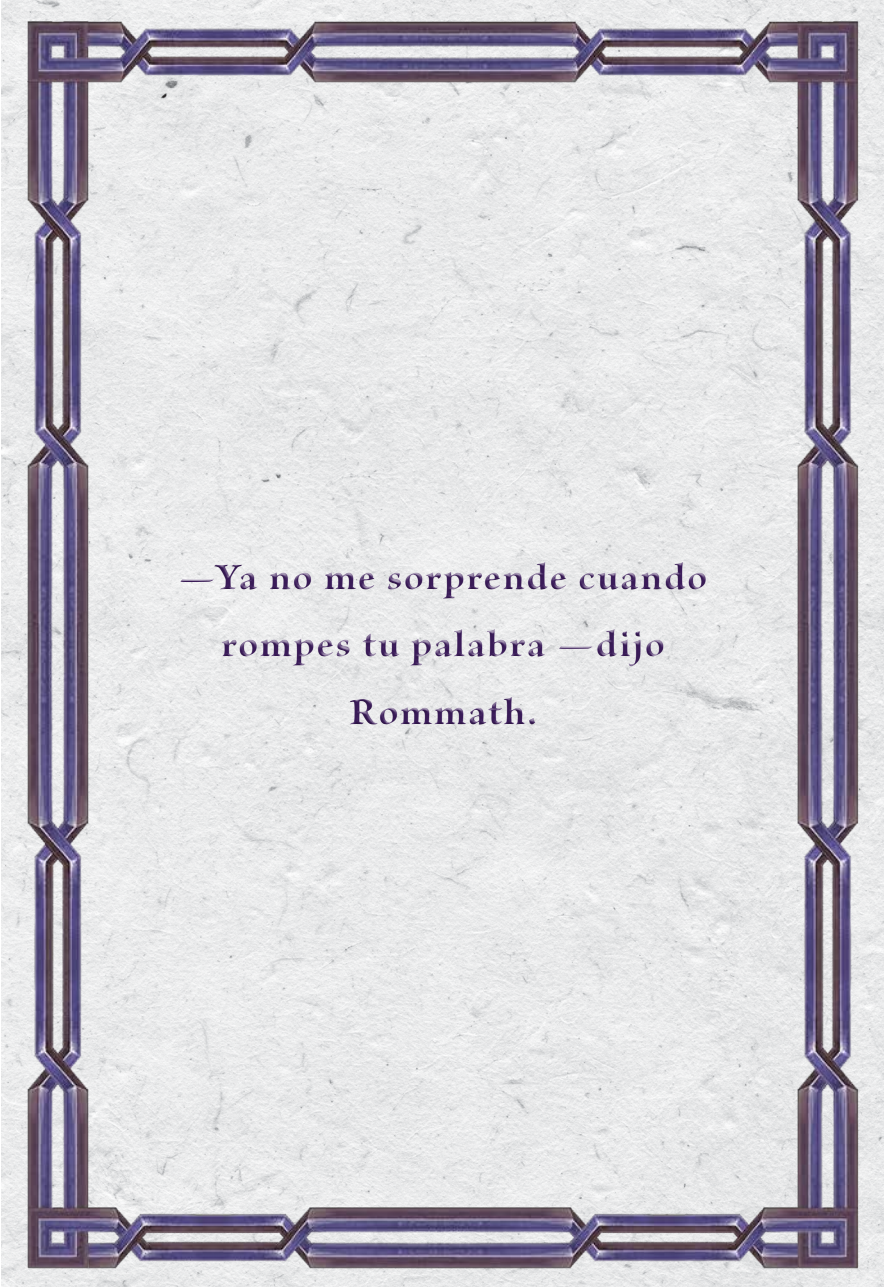
—¿Te han informado de la visión que recibió Vereesa Brisaveloz? —preguntó Umbric, ignorando el evidente anzuelo. El labio de Rommath se curvó levemente ante la mención del nombre, pero no hubo otro signo de reconocimiento. Umbric explicó con urgencia todo lo que él sabía, y sus propias observaciones en el Vacío que coincidían con sus palabras.

—¿Ustedes, *criaturas* del Vacío, me traen una advertencia de que se tragará a Lunargenta? —preguntó Rommath, con evidente descreimiento.

—No soy una *criatura* del Vacío como tú tampoco eres una criatura de la Fuente del Sol —respondió Umbric con frialdad—. Manejamos el poder. No nos maneja a nosotros.

—Y aun así, no veo ningún otro emplazamiento de la oscuridad aquí. Aunque no estén mintiendo a sabiendas, Xal'athath sigue libre. Ustedes podrían ser peones ignorantes al servicio de su corrupción. —Rommath mostró los dientes—. Han vuelto a pisar nuestra tierra. Si permanecen aquí, perderán su vida. *Váyanse.* Con la mano ahuecada, cubrió una mota de fuego que se encendió y creció rápidamente, mientras los rompedores de hechizos y los caballeros de sangre comenzaban a avanzar con lentitud, no para atacar, aún no, pero era clara la intención de forzar a los ren'dorei a huir. Umbric sostuvo una mano levantada para mantener quieta a su gente y buscó con desesperación algún camino en los rasgos implacables del rostro de Rommath. Vio el ceño fruncido de su antiguo amigo, y leyó las palabras que no podía oír: *No me obligues a hacer esto.*

Umbric exhaló e inhaló el potencial del Vacío. Había tantas posibilidades, y la mayoría terminaba con él muerto, o Rommath muerto, o los dos, en una destrucción



—Ya no me sorprende cuando  
rompes tu palabra —dijo  
Rommath.

mutua y estúpida. Ni siquiera podía estar enfadado con Rommath; entendía demasiado bien todos los pasos que los habían conducido hasta allí.

Sin ninguna respuesta que se hiciera evidente, Umbric se aferró de la única y leve posibilidad que llamó a su corazón. Exhaló el Vacío y acudió a la magia de lo arcano, arraigada desde hacía mucho tiempo, pronunciando una palabra de orden para oponer su voluntad contra el hechizo de Rommath. Por un momento, lucharon; Rommath intentaba terminar la bola de fuego con desesperación mientras sentía que Umbric intentaba deshacerla. Umbric siempre se había destacado en los contrahechizos, pero Rommath, en más de una ocasión, había desbaratado su obra con pura voluntad.

Se miraron fijo mientras luchaban en silencio.

Y entonces Umbric sintió que Rommath cedía.

El colapso abrupto del hechizo emitió un *bum* insonoro que le atrapó el cabello en una ráfaga de viento. Uno de los magos ren'dorei emitió un sonido que estaba entre un sollozo y una risa con hipo.

Umbric dio un paso hacia Rommath, y le sostuvo la mirada.

—Nunca podría obligarte a hacer algo, Rommath, como tú tampoco podrías obligarme a hacer algo que no estuviera en mi corazón. Sé que no confías en el Vacío, y con razón. Lo que te pido es que, esta vez, confíes en *mí*.

—Ja —dijo Rommath—. *Hacer lo mismo una y otra vez...*

Umbric hizo una mueca, pero dio otro paso adelante.

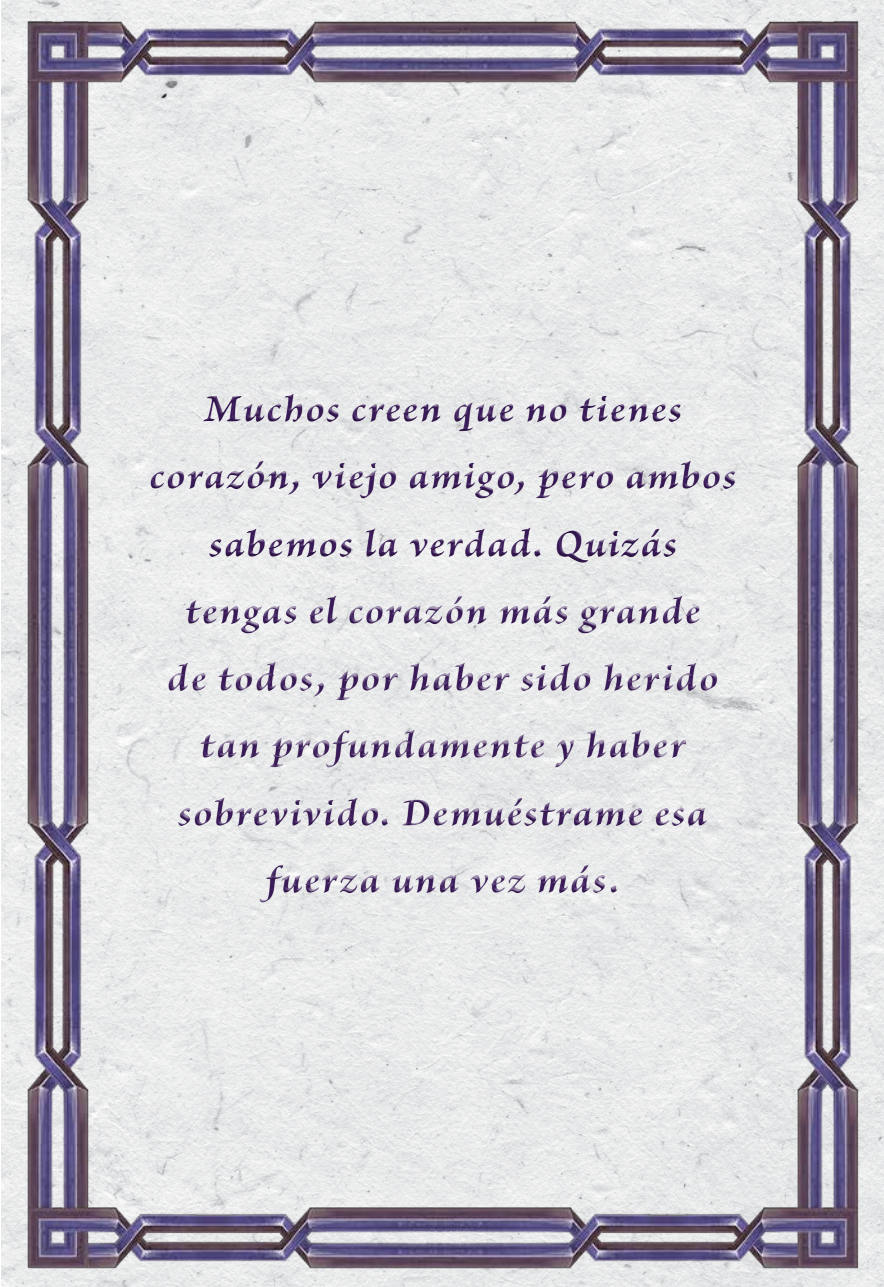
—Dime qué daño le he causado a la Fuente del Sol. Dime qué daño le he causado a Lunargenta, más que abandonarla cuando me sentenciaron para que me fuera. *He incumplido muchas promesas que te hice, y quizás nunca pueda pagar por el daño que nos causé a los dos. Pero hay un mandato que nunca he violado, y nunca lo haré.*

—Volver a confiar en ti quizás sea la condena de Lunargenta.

Sería difícil pedirle esto a alguien, y mucho menos a alguien que había sufrido tres traiciones.

—Es posible. Pero no estaría aquí si tuviera alguna duda de que mi partida haría que esa destrucción sea una certeza.

Rommath no respondió, y continuó apretando la mandíbula. Umbric dio un paso con cuidado, y luego otro, hasta estar a la altura del primero de los caballeros de



*Muchos creen que no tienes  
corazón, viejo amigo, pero ambos  
sabemos la verdad. Quizás  
tengas el corazón más grande  
de todos, por haber sido herido  
tan profundamente y haber  
sobrevivido. Demuéstrame esa  
fuerza una vez más.*

sangre que se había adelantado para proteger a Rommath, hasta que sintió la espada apoyada suavemente contra su cuello. Allí se detuvo, y miró a Rommath con la ceja levantada. *Muchos creen que no tienes corazón, viejo amigo, pero ambos sabemos la verdad. Quizás tengas el corazón más grande de todos, por haber sido herido tan profundamente y haber sobrevivido. Demuéstrame esa fuerza una vez más.*

*Por favor.*

Tal vez Rommath sintió su plegaria silenciosa. Dejó caer los hombros, casi imperceptiblemente, y levantó una mano. El caballero de sangre que estaba ante Umbric envainó la espada y retrocedió con lentitud. Esto precedió otra corriente de sonido, mucho menos crispada y ansiosa que la anterior, mientras todos envainaban sus armas.

—No me des motivos para lamentar esto —dijo Rommath.

—Gracias —dijo Umbric.

Rommath se irguió.

—Si vemos a alguno de ustedes dentro de los límites de Lunargenta, o cerca de la Fuente del Sol, serán ejecutados en el acto.

El alivio repentino que sintió Umbric le hizo dar un paso más hacia delante, aunque no buscó llegar hasta Rommath.

—Te... —*Te extraño. Lo lamento*—. Tenemos mucho de qué hablar.

—Quizás —dijo Rommath. Tensó los labios por un momento, y buscó bajo la manga para sacar... un pañuelo blanco de tela. Sin decir palabra, se lo dio a Umbric, que lo tomó, absolutamente pasmado. Rommath inhaló con un ronquido pequeño y profundo, un sonido que Umbric había oído con frecuencia durante su amistad, y se dio un toque al costado de su propio cuello antes de darse vuelta para irse—. No se alejen del pueblo.

Umbric apretó el pañuelo contra el cuello, y en ese momento sintió el dolor agudo en donde la espada afilada del caballero de sangre debió haberle lacerado la piel. Quitó el pañuelo un segundo para confirmar la línea de sangre brillante en la tela de lino.

—Gracias —le dijo a la figura de Rommath, que lentamente se retiraba. El hombre no dio señales de haber oído, y quizás no había oído, por el ruido de tantos halcones zancudos en marcha.

El grupo de Umbric se acercó rápidamente y lo rodeó, y las voces se elevaron hasta formar un bullicio en el que se mezclaban sospechas y un alivio casi histérico.

¿Te lastimó? —preguntó uno de los caminafallas—. ¿Qué te dio?

Umbric ignoró la primera pregunta; solo la segunda importaba.

—Una posibilidad. —*Y en toda posibilidad vive la esperanza.*



### ACERCA DEL AUTOR

**Alex Acks** es un escritor galardonado, geólogo y caballero de elegante vestir. Angry Robot Books ha publicado sus novelas *Hunger Makes the Wolf* (ganadora del premio Kitschies Golden Tentacle 2017) y *Blood Binds the Pack*, bajo el seudónimo Alex Wells. Su colección de novelas steampunk, *Murder on the Titania and other Steam-Powered Adventures*, fue nominada al premio Colorado Book Award, y la secuela, *Wireless and other Steam-Powered Adventures*, está disponible en Queen of Swords Press. Ha escrito ficción en prosa para Activision-Blizzard en la serie *Exploring Azeroth* entre otras, guiones para Marvel Move y Superhero Workout de Six to Start, y ficción breve para Twilight Imperium. Ha publicado ficción breve en Tor.com, Strange Horizons, Giganotosaurus, Daily Science Fiction, Lightspeed y más. Alex vive en Denver y escribe bajo la estricta supervisión felina de Coco Puff, Lily y Vergil the Crime Bean. Para más información, visita <http://www.alexacks.com.alexacks.com>.